



**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**



TESTIMONIO

SAN JOSÉ ENSEÑA A LOS JÓVENES EL SENTIDO DE LA VIDA

H. LUIS BOLIVAR

Secretariado de Formación

1. Una mirada a los jóvenes

Hoy más que nunca, muchas miradas están fijas sobre los jóvenes. Así lo corrobora este siglo XXI en el que ellos son una de las caras más visibles.

Desde muy temprana edad, los jóvenes son protagonistas de muchos acontecimientos. Ellos están presentes de una forma u otra en toda la dinámica y vida social. ¡Es que no es para menos! su participación en temas relevantes de la vida social tiene mucho impacto.

Cada vez más escenarios de la vida abren sus puertas a la presencia de los jóvenes. La política, por ejemplo, espacio reservado tradicionalmente a los adultos, se ve enriquecida por el porte y el dinamismo de los jóvenes, propio de ellos. Además, muchos organismos gubernamentales de alto nivel buscan incluirlos en sus procesos de reflexión y decisión. Empresas prestigiosas, reconocidas en el medio por su posicionamiento competitivo, están a cargo de personas jóvenes; incluso, algunas han sido creadas por los mismos jóvenes. La ciencia y la tecnología deben muchos de sus logros al compromiso activo de ellos.

Organizaciones dedicadas a la defensa de los derechos humanos, de la mujer y de la igualdad de género, cuentan con su respaldo. La voz de protesta ante injusticias sociales está permeada por el tono agudo de la juventud. Es que cuando se trata de reivindicar derechos, ahí están los jóvenes para hacer sentir su voz de protesta. Es por esto que la protección del medio ambiente es un tema motivado por sus



denuncias. Son ellos los que con ímpetu y coraje denuncian la contaminación y saturación de la atmósfera a causa de gases contaminantes que expiden enormes fábricas, a las que no les importa más que promover la producción y el consumo exacerbado a costa de obtener ganancias económicas. En efecto, el papel activo de los jóvenes en la sociedad es muestra de un favorable espectro de su éxito como expresión de su compromiso activo.

Esta presencia exitosa de los jóvenes en la vida social no siempre ha sido así. En el pasado, la presencia de los jóvenes en la dinámica social era invisible, mientras aguardaban tener la mayoría de edad. Eran los adultos quienes tomaban las decisiones más importantes de la vida social. Solo estos tenían el privilegio de participar en los asuntos públicos y privados de alta envergadura. Debido a la forma como se organizaba la misma estructura social, los adultos tenían bajo su cargo el cuidado, la protección y el desarrollo de los jóvenes.

Las discusiones en torno a lo mejor para ellos dependían de los adultos. Estos eran los encargados de discutir y definir la organización de la sociedad. Su funcionamiento, amparado en normas precisas y fijas, reflejaba cierta seguridad. Basado en un cierto orden y una cierta estabilidad se anticipa la calidad de los resultados. Así se configuró una época en la que la predicción no dependía de fuentes del azar, como son las áreas que hoy se conocen como el horóscopo, el tarot, entre otras. Así, en este tiempo de certezas, el futuro de los jóvenes estaba anticipado. De antemano los adultos proyectaban su formación, desempeño laboral, y lazos afectivos de estos.

En esta dinámica de certezas, las instituciones eran los mecanismos usados para salvaguardar la seguridad amparada en el orden. El Estado era la primera institución encargada de organizar normas de comportamiento que favoreciera relaciones pacíficas. La familia y la escuela recibían la forma en la que debía funcionar la sociedad, a la vez que ayudaba a los niños y jóvenes a aprenderla. De esta manera, se preparan para desenvolverse sin traumas en la vida adulta. La Iglesia inspecciona el campo de la conciencia o moralidad. Su importancia radica en función de configurar las convicciones y motivaciones que mueven a obrar de una determinada manera. Así, la creencia de la relación entre el cumplimiento de las normas, y el obrar bien es un mecanismo eficaz en la preservación del orden establecido.

En efecto, entre una posición protagónica y activa del rumbo que debe tomar la vida personal y otra, donde la sujeción a las determinaciones de los adultos orienta los destinos de los jóvenes, se erige una fuerte tensión.

Pasar de un estado a otro no surge de la noche a la mañana. Son muchos los acontecimientos que influyen en este paso de un estado pasivo a otro de mucha actividad. Algunos de ellos ayudan a comprender la participación activa de los jóvenes como un despertar.

Imagino la dinámica social, religiosa y familia de la familia de Nazaret y a san José cuidando de Jesús e intentando transmitir las tradiciones y los valores, al mismo tiempo que colaboraba en el crecimiento y educación de Jesús, como niño y como joven. Sus dudas, sus logros, sus sueños...

2. En una época de cambios, también de esperanza.

Es frecuente escuchar a sociólogos hablar de la manera acelerada en que se producen los cambios. Mientras que antes el paso de un hecho a otro, o al menos darse cuenta de ello, tomaba siglos, hoy todo parece estar cambiando en un abrir y cerrar de ojos.

Rápidamente las transformaciones en la comunicación, el transporte, la medicina han impactado al mundo. Los encuentros y desencuentros mediados por el transporte o la comunicación se producen al instante. Lo que antes tomaba largo tiempo hoy se produce en un dos por tres. Mientras que en la medicina existe demora de una cirugía, por los procedimientos y riesgos, hoy es cuestión de minutos, gracias a las herramientas sofisticadas con las que cuenta. El escenario de las guerras incorpora prontamente la creación e implementación de armas más sofisticadas; piénsese, por ejemplo, en el temor que genera el riesgo del uso de armas de destrucción masiva como misiles y bombas nucleares.

Los cambios no se detienen. Con la manera vertiginosa en que todo sucede nuevos elementos más sofisticados se incorporan a la vida humana, los que ya existían se han transformado o han desaparecido. Con la velocidad de los cambios lo que permanece es el mismo cambio. Sin embargo, los nuevos elementos no se acomodan fácilmente a la estructura de pensamiento anterior. La preparación para recibir e incorporar los nuevos elementos es deficiente. Predecir resultados es cada vez más difícil. En efecto, esta dificultad para incorporar los cambios a la anterior dinámica de vida afecta el orden de funcionamiento de los lugares, de las comunidades sociales y de las mismas personas.

Como resultado de esta incapacidad para posicionarse ante lo nuevo, se produce un desfase que afecta el funcionamiento regulado de las instituciones. La capacidad para predecir los cambios en la anterior época ayudaba a modelar un tipo de



persona, con las características necesarias para adecuarse al funcionamiento de la sociedad según una dinámica anticipada. Lo cual auguraba éxito. En esta nueva dinámica de los cambios acelerados las instituciones tienen dificultad para garantizar las condiciones necesarias para acertar en la dinámica social al margen de regulaciones anticipadas. Así, los cambios descontrolados de la vida social sumergen la vida del ser humano en una crisis.

No obstante, los beneficios de los avances adquiridos con los cambios de época van acompañados de nuevos desastres. La desregulación e incertidumbre frente a los cambios introducidos por las nuevas épocas trajo consigo efectos devastadores como el incremento de la contaminación; las guerras y confrontaciones armadas se agudizan con el uso de armas más sofisticadas; disminución de la oferta laboral debido a que las máquinas vienen a sustituir las habilidades humanas; la aparición de nuevas enfermedades... en fin, un verdadero caos viene a sustituir el antiguo orden planeado.

Las antiguas anticipaciones utópicas que hablaban de un mundo perfecto, como las de Tomás Moro y san Agustín, son cosas del pasado. En medio del caos y de la incertidumbre predominan las distopías de un mundo feliz. Las mismas que anticiparon Aldous Huxley, George Orwell a principios y mediados del siglo XX.

Si bien es cierto el papel activo de los jóvenes como se mencionaba al principio, lo cual les ha merecido gran reconocimiento, tan bien es cierto que, como consecuencia de estos cambios descritos hace un momento, se produce en ellos unas reacciones que reciben críticas no tan positivas.

Ante las nuevas dinámicas de vida en el que la suprema característica es el cambio y la inestabilidad, se produce un pesimismo a causa del descontento ante el fracaso del proyecto anticipado de los adultos. Esto origina un fuerte rechazo, amparado por la desconfianza a la pseudo certeza de proyectos a largo plazo.

En este sentido, los jóvenes asumen estilos de vida concordantes con lo fugaz del tiempo. Sumergidos en los nuevos elementos tecno-científicos, los jóvenes parecen diluirse en la evanescencia de los cambios. Así que un retraimiento sobre sí mismos, con tendencia al individualismo y egoísmo, son más notorios. Afecta esto la duración de sus relaciones interpersonales.

En la fugacidad del tiempo los jóvenes no quieren dejar para mañana lo que pueden hacer hoy. Importa este momento, aquí y ahora. La premisa es vivir el momento con intensidad. Es así que, ante la mirada de los adultos, amparados en la antigua consigna de la planeación, los jóvenes aparecen como desorganizados, irresponsables, hedonistas, narcisistas... Como resultado, la angustia que genera la incertidumbre de un futuro incierto impulsa en los jóvenes el deseo por vivir el mayor número de sensaciones placenteras en un presente constante, desconectado del pasado y del futuro.

Así las cosas, entre una vida colmada de éxitos y de fracasos a la vista de otros ¿A caso, todas estas actitudes pesimistas son todas culpa de los jóvenes? ¿Determinan de una vez por todas la presencia significativa de los jóvenes en la sociedad? ¿Qué papel tienen los jóvenes ante los cambios acelerados que vive el mundo y que afectan sobremedida las relaciones entre las personas, otras criaturas y con la trascendencia?

En medio de todo este panorama sombrío que cubre la realidad de los jóvenes, las palabras de la religiosa Joan Chittister nos convocan a mirar con esperanza el porvenir de los jóvenes. La religiosa norteamericana cuenta la práctica irlandesa, y de seguro que en otras regiones del mundo es similar, en la que las familias acostumbran ocultar con algo de ceniza las brasas sobrantes del fuego del día anterior para reavivar el fuego en el día siguiente. En estas brasas candentes que se esconden y que luego son descubiertas para dar nueva vida al fuego se visualiza el potencial de la fuerza contenida en los jóvenes para preservar el futuro de un mundo mejor.

En ellos se esconde el dinamismo para mantener con vida esta generación y las venideras. Solo hay que retirar aquellas cenizas que ocultan la pasión contenida en ellos; con la cual se encenderá el nuevo fuego ardiente que mantenga viva la llama de la esperanza.

Existen muchas brasas incandescentes en los jóvenes. Porque cuando la oscuridad de la desesperanza nos impide ver alguna posibilidad de esperanza, existen las brasas que podemos volver reavivar. En este sentido, el Papa Francisco ve a los jóvenes como una esperanza para la Iglesia y para el mundo.



En la Jornada mundial de la juventud, celebrada en Río de Janeiro en el año 2013, el Papa invita a los jóvenes a alzar la voz ante las injusticias: “Hagan lío y organícenlo bien –exhortó el Santo Padre–. Un lío que nos dé un corazón libre, un lío que nos dé solidaridad, un lío que nos dé esperanza, un lío que nazca de haber conocido a Jesús y de saber que Dios a quien conocí es mi fortaleza. Ese es, debe ser, el lío que hagan”.

Imagino el lío que debía crear Jesús en su Nazaret, en su familia... En sus desapariciones, travesuras y “fugas” a las que José y María debían de hacer frente, como cuando “se perdió” en el templo. Sin duda, José debió de estar, necesariamente, atento a los cambios de maduración del mismo Jesús.

3. San José, pistas para la esperanza.

Por otra parte, sin alejarnos de imágenes, voces y modelos de esperanza, vale la pena reconocer en la vida de san José pistas para mantener viva la llama de la esperanza. Porque este hombre es un ejemplo de vida a seguir.

Al igual que en los tiempos contemporáneos, este santo tuvo que lidiar con incertidumbres; dudas a causa de la opacidad del futuro.

Las circunstancias de su tiempo no fueron muy amigables para él. Persecuciones, asesinatos, pobreza eran muy comunes en aquella época. Y en medio de estas oscuridades el pueblo mantenía el fuego de la esperanza de que un salvador vendría a dar consuelo a los desvalidos (2Sam 7,11-16). Sin claridades del cómo y cuándo sería posible esto, san José tuvo un sueño en el que se le comunicaba su proximidad en este proyecto de salvación. Aquí es donde la voluntad decidida de un hombre es muestra de la libertad plena. A pesar de la confusión, el santo se entrega como colaborador a la realización de este sueño.

Pero, ¿acaso san José era un hombre que no tenía planes, un proyecto de vida, como cualquier persona que idealiza una vida? ¿Será que este hombre estaba a la suerte del devenir, esperando a ver qué sucedía con él? No lo creo.

De seguro san José tenía sueños, metas, propósitos; se había idealizado una forma de vivir como muchos hombres de su tiempo. Muestra de ello es que ya tenía una profesión. Los evangelios relatan que él era carpintero (Mt 13,55). O sea, que tenía un trabajo y se ganaba la vida con ello. A demás, ya tenía planes de irse a vivir con una mujer llamada María. Soñaba con organizar un hogar.

Sin embargo, en el curso de sus planes de vida aparece una situación discordante. Un suceso que entra a su vida para trastocarla. Irrumpe intempestivamente para alterar el rumbo de su vida. Los evangelios relatan que la mujer con la que se iba a casar estaba en embarazo (Mt 1,18). Además, que ese hijo que ella esperaba no era de él. En el orden de las actuaciones lógicas humanas, José piensa en dejar María. En no continuar con el plan que tenía. No obstante, en este desarrollo ordenado de la historia de vida que José se había propuesto se articula el acontecimiento inesperado de la salvación.

Mientras dormía José es visitado por un ángel que le anuncia que no temiera en aceptar por esposa a María con el niño, porque este era el hijo de Dios (Mt 1,20-21). ¿Se imaginan la confusión de José? ¿Qué razones tenía él para creer y aceptar lo que le estaba sucediendo? Y, aun así, a pesar de su contrariedad, este valiente hombre acepta y actúa como le había comunicado el ángel en sueño.

Pero todo este cúmulo de acciones inesperadas no terminan aquí. Más adelante, cuando ya había asumido con coraje el hecho de aceptar a una mujer con un hijo que no era suyo, alterando los cánones morales y religiosos con los que había sido formado, tuvo que lidiar con el desarraigo de sus comodidades. Tuvo que dejar tierra, amistades, trabajo, estabilidad al optar por hacerse cargo de María y del niño que ella llevaba en su vientre. Tuvo que trasladarse de Galilea a otro pueblo, Belén, con su esposa María en embarazo para cumplir con el deber del censo (Lc 2,1-4), requisito obligatorio en aquella época a todo ciudadano. Sin que todo terminara allí, luego del nacimiento de Jesús, tuvo que huir a otro pueblo, Egipto, para proteger la vida del niño del rey de aquel entonces. Herodes lo estaba buscando para asesinarlo (Mt 2,13). ¡Qué tragedia la de José!

No cabe duda, las constantes respuestas de José en medio de tantas incertezas respecto a la veracidad de la realización del plan salvífico de Dios en la humanidad, son un ejemplo de confianza en un proyecto incierto... por otra parte, también es la muestra fehaciente de que la vida no siempre sigue un orden previamente establecido. Y que, a pesar de todo cambio del orden y planes anticipados de vida, siempre la vida puede reordenarse de otra manera, y no por eso deja de tener sentido. Porque la vida siempre puede ser de otra manera. Impensada, muchas veces.



Esto lleva a pensar, que, aunque los tiempos sean calamitosos y de alto riesgo como el actual, existe una posibilidad de rehacer los proyectos. Pues, la presencia de un virus ha alterado el ritmo y los planes de tantas personas. Los encuentros pasaron a desencuentros permanentes. Ante el riesgo de un posible contagio las personas se retraen y evitan entrar en contacto con otras. Muchas personas conservan el fuego de la esperanza de volver a encuadrar sus vidas. De volver hacer arder la llama de la esperanza que un día les mantuvo motivados abrazar la vida con intensidad.

Con todo, y a pesar de cualquier panorama sombrío; opaco por las incertidumbres, la vida merece ser vivida. Con otras palabras, si la vida no sigue el rumbo trazado en un momento a causa de circunstancias no previstas, aun así, en el caos se puede configurar en un horizonte de sentido. A él hay que aferrarse para no desistir y caer al pozo del desaliento a causa del pesimismo.

En medio de la turbulencia y del caos, los jóvenes pueden recordar las palabras de la religiosa Chittister, del Papa Francisco, y la vida de José, para mantener la esperanza. Confíen. Descubran su sueño conectado con el sueño de la humanidad de que un mundo mejor es posible. Luchen por conseguirlo. Trabajen para construirlo.

4. ¿Cómo hacer para mantener viva la esperanza en los jóvenes?

Ante los sentimientos de confusión en un mundo con cambios acelerados, con circunstancias imprevisibles e impredecibles, como los afrontados por san José en su época, existen caminos de esperanza para los jóvenes. Cuando las cosas no marchan acorde a un plan, ni mucho menos la vida parece llevar un rumbo conectado con sus diversas experiencias, vale la pena tener en cuenta detenerse, observar, configurar, interpretar, compartir y seguir adelante.

La prisa del momento hace que las cosas importantes de la vida pasen inadvertidas. Esta desatención impide reconocer la presencia de una totalidad compuesta por detalles a la manera de un puzle. Por eso es importante detenerse para fijar la atención en lo que está sucediendo en la vida de cada uno.

Luego de fijar la atención en el momento presente en el que transcurren tantas cosas, es importante observar. Esto implica una mirada atenta a lo que sucede y deja de pasar, para descubrir más allá de los límites establecidos cánones

anacrónicos y una imagen más diáfana que la otorgada por la fugacidad de las apariencias. Eso fue lo que pasó con José. De haberse quedado con la mirada convencional de la realidad no se hubiera percatado de los designios de Dios para con él.

A continuación de esta nueva realidad que traspasa lo convencional se hace necesario configurar los momentos de la vida en una totalidad, en apertura a nuevos cambios. Este proceso exige reconocer que como la vida no transcurre de forma diacrónica, lo que la hace ininteligible, es necesario construir una totalidad con los fragmentos que componen cada vida.

Ahora, cuando la vida cuenta con el orden que le otorga cada persona según su mirada, entonces, cabe volver a pasar la mirada. Esta acción de repasar la historia como síntesis de lo vivido posibilita anticiparse con la atención expectante a una forma en que se desea vivir. Esto es lo que puede llamarse sentido de vida. Aquello que está en el horizonte y que mueve a cada persona a marchar esperanzadamente.

Finalmente, para cerrar este primer momento global del sentido de la vida, y reconociendo que existen tantos sentidos como personas viven, es necesario compartir cada horizonte de sentido con otros. De esta manera se produce una reactualización y apertura a nuevas maneras de proyectarse en el mundo. Así, la vida de José, como la vida de tantas otras personas, reflejan la intervención de Dios en sus vidas. Ellas, luego de asumir con atención la vida y configurarla en un cierto orden, descubrieron su presencia amorosa. No hubo más respuesta que entregarse resueltamente a la orientación de ese puro amor incandescente.